

Jueves Santo B2024

Quiero comenzar esta homilía del Jueves Santo con un ejemplo de vida. Cuando las personas viven momentos importantes de sus vidas, les gusta inmortalizarlos. Una fotografía tomada con motivo de una visita le recuerda a alguien un lugar maravilloso que visitó en su vida. Un anillo puesto en el dedo de alguien le recuerda a una persona inolvidable cuyo encuentro ha determinado el curso de su vida.

Un anillo, por ejemplo, recuerda a quien lo lleva uno de los acontecimientos más importantes de su vida, cuya celebración ha cambiado para siempre el curso de su vida. Para aquellos que miran el anillo, desde fuera, puede que sea simplemente una pieza de metal como cualquier otro o simplemente un anillo como cualquier otro. Pero, para cualquiera que haya vivido un acontecimiento así, hay más que un anillo, más que una pieza de metal.

San Pablo dice que el día antes de morir, nuestro Señor estaba cenando por última vez con sus discípulos. Aquella noche, estando a la mesa con sus discípulos, tomó un trozo de pan, dio gracias a su Padre, lo partió y luego se lo dio diciendo: "Este es mi cuerpo que se entrega para ustedes. Hagan esto en memoria mía". De la misma manera, tomó la copa de vino y dijo: "Este cáliz es la nueva alianza que se sella con mi sangre. Hagan esto en memoria mía siempre que beban de él."

La lógica que preside el gesto de nuestro Señor está llena de significado. Hace que un simple trozo de pan represente su cuerpo y una simple copa de vino su sangre. Hay aquí un misterioso intercambio y transformación que hace de las especies del pan y del vino el cuerpo y la sangre sacramentales de nuestro Señor. Cuando el pan y el vino son consagrados, su realidad material se transforma por el poder del Espíritu Santo y apunta a la realidad superior del cuerpo y la sangre de nuestro Señor, según las palabras invocadas anteriormente.

Cuando el pan y el vino son consagrados, se convierten en la presencia oculta del cuerpo y la sangre de nuestro Señor. Lo que recibimos en la mesa del altar como pan y vino es un signo externo de la actividad interior y misteriosa de nuestro Señor operando dentro de ellos, a través del poder del Espíritu Santo, para dar vida al mundo.

El pan y el vino consagrados son signo y realidad al mismo tiempo. Son recuerdo del pasado, pero también hacen presente hoy lo que nuestro Señor hizo antes de su pasión y muerte por la salvación del mundo. Por eso lo que hizo nuestro Señor al instituir la Eucaristía hace dos mil años permanece vinculado a todas las generaciones presentes y futuras. En el pan y el vino de la Eucaristía, nuestro Señor está presente y escondido. No sólo en la Eucaristía sino también en toda nuestra vida, Dios se revela y se oculta.

La celebración del Jueves Santo está profundamente arraigada en el recuerdo de lo que Dios hizo por el pueblo de Israel hace muchos años, cuando salió de Egipto.

Esa noche, los hijos de Israel se salvaron de la muerte y la destrucción, gracias a la sangre del cordero con la que marcaron sus casas. Para perpetuar ese acto de salvación como signo de su poder salvador, Dios les recomendó institucionalizarlo para todas las generaciones venideras.

Fue con motivo de la conmemoración de aquel acontecimiento salvífico para el pueblo de Israel que nuestro Señor instituyó la Eucaristía. Al hacerlo, nuestro Señor, sabiendo que sería en su sangre derramada en la cruz que se realizaría la salvación del mundo, instruyó a sus discípulos, y a nosotros también, a hacer lo que hizo la víspera de su muerte en memoria de él.

Lo que hay en la institución de la Eucaristía es un misterio profundo. La Eucaristía expresa el don del amor total de nuestro Señor por la salvación del mundo. En un acto significativo de lavar los pies de los discípulos, nuestro Señor muestra que es dedicando nuestra vida al bienestar de nuestros semejantes que podemos parecernos a él.

Por eso el sacerdocio, cuya institución conmemoramos hoy, que es al mismo tiempo el ministerio de la consagración del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor para la salvación del mundo, es ante todo un servicio y no un privilegio. Ser sacerdote significa ser como Cristo, dar la vida por la salvación de nuestros hermanos y hermanas.

Oremos hoy por todos nuestros sacerdotes para que vivan a ejemplo de Cristo, entregados totalmente a la Iglesia y al servicio del reino de Dios. Oremos por los líderes de nuestra Iglesia para que sean guiados por el Espíritu de Cristo para conducir correctamente y sin error al pueblo de Dios a la plenitud de la salvación. Oremos por nosotros mismos por una profunda reverencia a la Eucaristía y por el esfuerzo de estar al servicio de los demás.

Éxodo 12: 1-8, 11-14; 1 Corintos 11: 23-26; Juan 13: 1-15



Fecha de la Homilía: el 28 de Marzo 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240328homilia.pdf